

SOLIDARIDAD ;REALIDAD, ESPERANZA O UTOPIA?

Por: Alberto Núñez Esteva

*Conferencia dictada por el autor
el pasado 14 de mayo en la Ciudad de Chihuahua,
ante los asistentes a la Asamblea Anual
de la Fundación del Empresariado Chihuahuense*

Veíamos por televisión, hace apenas unas cuantas semanas, cómo un poderoso ejército, el más poderoso que ha existido en la historia de la humanidad, bombardeaba sin misericordia y con precisión absoluta, una ciudad, Bagdad, construida en la cuna de nuestra civilización, entre los ríos Tigris y Eufrates, muy cerca de en donde , se supone, se localizó el paraíso terrenal. Recordamos, ahora, el pensamiento de Séneca *Una era construye ciudades, una hora las destruye.*

Miles de vidas perdidas, todas ellas de personas con nombre y apellido, que, como cualquiera de nosotros, pertenecían a una familia. Que eran padres, que eran hijos, que eran hermanos, que necesitaban trabajar para lograr el diario sustento, o que estudiaban, o que lloraban para que su madre los alimentara.

Además de las vidas humanas, lo más valioso, un tesoro cultural de miles de años, propiedad de la humanidad, fue destrozado o saqueado por las hordas.

Caminos, pozos, palacios, casas, arrasados por los misiles, los tanques, los helicópteros, los ejércitos de “la liberación”.

Y millones de personas viendo esa barbarie por televisión, en el mismísimo momento que todo esto ocurría.

La tecnología al servicio de la destrucción, de la conquista y de la ambición. El abuso del poderoso sobre el débil. El ansia imperial,

característica de nuestra humanidad desde tiempo inmemorial –y si no recordemos al imperio persa, al de Alejandro Magno, al inglés, al español, al francés, por mencionar sólo algunos- justificando su expansión ahora en base al deseo de liberar a un pueblo de las garras de su ciertamente inhumano dictador. La justificación , antes, era diferente: la destrucción de armas de destrucción masiva, armas que hasta el momento de escribir estas notas no han sido localizadas. El motivo no importa, el fin, para los propósitos imperiales, justifica los medios. Seamos honestos, la más peligrosa arma de destrucción masiva es el hambre y la miseria que agobia a una gran parte de la humanidad. Ojalá llegue el momento en que todos los países, pobres y poderosos, destruyan sus armas para que no podamos ver otro Hiroshima, o Nagasaki, o armas químicas como las utilizadas contra Vietnam por los Estados Unidos o contra los Kurdos por Sadam Hussein.

Se le ha pegado a un avispero. Dios no lo quiera, pero el terrorismo, arma del débil, del que ha sido vejado por el poderoso, del que sacrifica su vida para alcanzar la venganza, puede mostrar su horrenda cara en cualquier momento. Violencia genera violencia, odio genera odio, estemos conscientes de que todos nuestros actos afectan y tienen consecuencias, a la corta o a la larga, en nuestra casa común, nuestro universo.

Y mientras todo esto ocurre, la pobreza sigue aumentando en el mundo. La brecha entre los que todo tienen y los que nada tienen, los que tienen acceso al conocimiento y los que no lo tienen, se sigue abriendo.

¿Qué sucedería si los inmensos recursos destinados a la defensa y la destrucción se aplicasen a aliviar la pobreza a través del desarrollo? ¿Qué sucedería si la creatividad y la inteligencia que desarrolló la tecnología y la tecnología misma, genial característica del siglo XX, se hubiesen aplicado a aliviar los gigantescos problemas sociales que padece nuestro mundo? ¿No sería esto la mejor arma en contra del terrorismo y del abuso de los muchos dictadores que aún pululan en nuestra aldea global? La tecnología es ángel o demonio, fuente de vida o fuente de muerte, fuente de construcción o fuente de destrucción.

Arma poderosa que no hemos sabido utilizar suficientemente en bien de la humanidad.

Cuando los ricos hacen la guerra ,dice Jean Paul Sartre, son los pobres los que mueren.

La única guerra que debiéramos contemplar es la guerra contra la pobreza, contra la desnutrición, contra la destrucción de nuestros recursos naturales, contra la ignorancia. No podemos aceptar ninguna otra. Tenemos que reconocer a la globalización como un fenómeno irremediable, pero debemos influir para que ésta no sea sólo económica sino que se busque, a través de ella, la solidaridad entre los pueblos y las naciones, dentro de un absoluto respeto a sus diferentes culturas y formas de ser. Debemos fortalecer y no debilitar las instituciones multilaterales en forma tal que nos conduzcan a gobernar la globalización, por ahora casi anárquica, dándole a ésta un rostro humano ¿Es ésta una esperanza o una utopía?

Bien, declaremos la guerra a la guerra, manifestemos nuestra indignación, apoyemos las manifestaciones por la paz mundial, reconozcamos que muchos contamos con la más peligrosa arma de destrucción masiva: nuestra capacidad de pensar y de razonar ¿Pero qué pasa en nuestro país? Porque si bien nos deben preocupar los problemas mundiales, más nos deben preocupar los problemas nacionales.

México tiene, en grandes números, la mitad de su población debajo de la línea de la pobreza, incluyendo una cuarta parte que vive en la miseria. Su distribución del ingreso es uno de los peores del mundo. La violencia que se ha destapado en nuestra sociedad tiene sus raíces, por una parte, en este gravísimo problema social, y por la otra, en la pérdida de los valores en los que debiéramos haber sido forjados todos los mexicanos. La corrupción reptante por doquier, no sólo en los niveles oficiales, sino, desafortunadamente, impregnando a nuestra sociedad.

El campesino se revela y lucha por hacer valer sus derechos. Grita, saca sus machetes, rompe el Estado de Derecho, acorrala al Poder Ejecutivo y obtiene un acuerdo político difícil de cumplir pero que sirve para

echar aceite a las aguas broncas que amenazan con desbordarse ¿Se soluciona el problema o simplemente se pospone?

La miseria, trágicamente, ya no nos conmueve, forma parte del paisaje. La choza en el campo, la mujer indígena caminando delante de un burro en donde monta su hombre, el niño desnutrido con un vientre hinchado por los parásitos que en él habitan, la venta de humildes artesanías hechas por mujeres que apenas hablan un poco de español y el inhumano regateo del turista nacional o extranjero que lucha por adquirirlas en un precio irrisorio.

El lujo desbordado se da la mano con la miseria inhumana. Las bardas tienen que elevarse, la cerca eléctrica hace su aparición. Los guaruras aumentan en número sin saberse, a ciencia cierta, si son parte del problema o de la solución. Los carros blindados encuentran un nicho de mercado. Las calles se cierran e impiden el paso a los desconocidos. El temor al secuestro, al asalto violento, a la violación, se vuelven parte de nuestra rutina diaria, invadiendo nuestra tranquilidad.

¿Y el gobierno que hace? ¿Qué acaso no es su responsabilidad preservar el Estado de Derecho? ¿Nos obligarán a tomar nosotros mismos las armas para defender nuestra integridad? Gritan con justificada razón los ciudadanos mexicanos. Recordemos, después de todo, que el Estado toma en sus manos la violencia, retirándola de la sociedad civil, con el propósito de ejercer la violencia para poder evitar el uso de ésta en forma indebida y generalizada.

Solidaridad ¿Dónde estás? ¿Qué significas? ¿Eres acaso un lema político en busca de desprestigio? ¿Eres sólo una bella palabra sin contenido alguno? Habla tú, solidaridad, te dejo la palabra ¿Por qué callas? ¿Eres una realidad, una esperanza o una utopía? Enséñame tu rostro, porque me cuesta trabajo verlo.

He sido empresario, he estado ligado a la empresa toda mi vida, mi padre fue empresario, dos de mis hijos también. Creo en la empresa como fuente de riqueza. Conozco empresarios ejemplares, hombres dignos de ser imitados, generadores de empleo, preocupados por sus

trabajadores, por sus clientes, por sus proveedores, por la comunidad en la que habitan y se desenvuelven, por sus accionistas. Arriesgan su patrimonio y obtiene una utilidad congruente con la inversión y su riesgo, pagan puntualmente sus impuestos y contribuyen, en esta forma también, al bienestar social. Hombres y mujeres conscientes de su responsabilidad social. Es un honor y un privilegio el tratar con estas personas o trabajar para ellos, me consta.

La dimensión social de la empresa, la dimensión social del empresario. Aquel que reconoce que las utilidades, las legítimas y bien habidas utilidades, son como el aire que respiramos: debe ser abundante y puro ya que sin él no podemos subsistir; pero no nacimos para respirar, nuestra misión en la vida es muy superior. La empresa, así como la persona, deben buscar la trascendencia. No menciono nombres porque pecaría de injusto con los que no aparecieran en mi lista, pero todos reconocemos e identificamos a empresarios y empresas dignos de admiración.

Todos conocemos a otros, el reverso de la medalla. Para ellos lo único que cuenta es la acumulación de riqueza y de poder, sin reparar en los medios. La corrupción es un instrumento que utilizan con maestría. El corto plazo los domina, la responsabilidad social es algo que les estorba y de la cual se burlan “¿Qué acaso el simple hecho de tener una empresa no me hace digno de ser respetado y admirado en la sociedad?” “¿Qué no es suficiente el pagar los sueldos cada semana?” Surgen los escándalos financieros, las caídas estrepitosas de gigantes con pies de barro, la huída de personajes hasta ayer en la cúspide y hoy en la desgracia. El Dios llamado Dinero ha cobrado sus víctimas, pero muchas otras personas físicas y morales, hijas de la ambición desmedida, alimentadas del placer y del poder, esperan su turno. Verdaderas tragedias griegas pudieran escribirse al conocer su historia, la verdadera historia de quien pasa de la opulencia y el falso respeto, a una cárcel de alta seguridad, al desprestigio, o al suicidio; pero he visto muchachas de alta sociedad pidiendo su autógrafo en algún restaurante de moda a pillos empresarios que andan por las calles burlando la justicia mediante abogados hábiles que, como parte de sus habilidades, corrompen a los jueces; pero, por el contrario, atrás de las rejas se

encuentran humildes indígenas que no pudieron defenderse en su lengua, que no tienen dinero para la fianza y que robaron por hambre.

Condición humana ésta que se ciega ante el poder y la gloria y que está presente no sólo en los empresarios, sino en los políticos, en los líderes obreros y en los luchadores sociales, en los trabajadores, y hasta en los intelectuales, capaces, estos últimos, de vender su pluma al mejor postor. La prostitución de una actividad noble para usufructuarla en beneficio personal, sin importar el daño que se causa a la sociedad. “El que no tranza no avanza”, era el lema de algunos jóvenes estudiantes en una prestigiada universidad privada.

-¡Queremos revolucionar el mundo para que éste sea mejor!, bien, acertado, nadie puede estar en desacuerdo con ello.

-¡Queremos revolucionar nuestro país para que éste sea mejor!, aquí ya se empiezan a tomar ciertas reservas, pues se pueden tocar los propios intereses,

-¡Queremos revolucionar las empresas para que éstas sean mejores!

-¡Queremos revolucionar...! ¡Queremos revolucionar...!

-A ver jóvenes revolucionarios ¿Qué desean? ¿Quitar a otros para ponerse ustedes en su lugar, y seguir haciendo, en forma igual o diferente, las mismas injusticias que antes se tenían? ¿No fue esto lo que sucedió con la revolución mexicana? ¿Qué cuentas nos rinden sus líderes después de que ha transcurrido casi un siglo? Los árboles se miden por sus frutos, y la pobreza, la miseria y la injusta distribución de la riqueza que tenemos en nuestro país es un fruto muy amargo

-¡Avanzamos! me responden de inmediato ¿Qué estás ciego y no quieres contemplar el avance en la educación, en la salud, en la vivienda, en el combate al analfabetismo?

- Sí, les respondo, hasta un ciego avanza en la oscuridad ¿Pero avanzamos lo que debíamos haber avanzado? ¿Estamos satisfechos con nuestro avance? ¿Qué cuentas rinden a la sociedad que depositó en ustedes –o ustedes lo tomaron- el poder y el recurso?

Jóvenes o viejos revolucionarios, me dirijo a todos los que de buena fe quieren un mundo mejor y un México mejor. Yo estoy entre ellos. Les propongo algo: Empecemos por nuestra propia revolución, nuestra revolución interna, la propia, la que podemos empezar hoy, sí, aquí y ahora. Queremos cambiar el mundo, pero ¿Estamos dispuestos a cambiar nosotros? Esta es la revolución más difícil, pero la única cierta. Si no estamos nosotros dispuestos a cambiar, ¿Por qué exigimos a otros que cambien? *Combatirse a sí mismo es la guerra más difícil; vencerse a sí mismo es la victoria más bella.*

-¿Y en qué consiste este cambio? me preguntan

- Bien, la inquietud es legítima, permítanme entrar en materia.

En primer lugar, estemos dispuestos a buscar la sabiduría, antes que la riqueza y el poder; distinguir entre el bien y el mal, profundizar en los valores y en las virtudes. Estos son los cimientos sobre los cuales se puede construir un gran edificio. Nos permiten, incluso, caminar por senderos peligrosos, como la política, la riqueza y el poder, no sólo sin caer en sus tentaciones, sino, al contrario, aprovechándolos, como debe de ser, a favor del bien común. ¡Cuántas personas han accedido al poder, al dinero y a la fama, sólo para volverse sus esclavos y dejar arrastrarse por ellos y enlodarse, pues no tenían los cimientos para soportar el peso de su gloria aparente! Véanlo, podemos ponerles nombre y apellido, los conocemos, han estado o están en las ocho columnas de los periódicos ¿O no? ¿Recuerdan, por otra parte, a Alejandro Magno? Su imperio fue gigantesco, el más grande que llegó a conocerse en su época, a pesar de que murió a los 33 años de edad. Lo logró a través, entre otras cosas, de ejercitar su cuerpo y sus artes marciales con la ayuda de su padre, pero cultivando su alma y su mente a través de las enseñanzas de Aristóteles, su maestro. La historia nos muestra a un Hitler, pero también a un Ghandi, a un Nerón, pero también a un Pericles.

Estemos sedientos de conocimientos, obtengámoslos de la lectura insaciable; de escuchar, no sólo oír, al maestro, al anciano, al pobre

y a toda persona sensata que se cruce en nuestro camino, pues con toda seguridad conoce algo que nosotros ignoramos; de observar, no sólo ver, a la naturaleza, madre y maestra, y a otras culturas ajenas a la nuestra; de entender las razones que tienen los que no piensan como nosotros; en fin, al igual que en el campo, mientras más rica sea la siembra, mejor será la cosecha.

Busquemos entre los fines más preciados, nuestra paz interior, que es lo más cercano que yo conozco a la felicidad. Estar en paz con los demás, pero sabiendo que lo más importante es estar en paz con uno mismo. *La persona que no está en paz consigo misma, será una persona en guerra con el mundo entero.*

Enriquecida nuestra mente, influyamos en nuestro corazón. Dejemos que se conmueva ante la miseria y que se revele ante la injusticia; que sienta como suyos los problemas de su prójimo; que se llene de gozo por el triunfo de la verdad y se sienta compungido cuando la mentira y el cinismo, ocultando su verdadero rostro, hacen presa a la opinión pública. Si llegamos a esta etapa, hemos avanzado mucho, pero no lo suficiente.

Es ahora, enriquecida nuestra mente y conmovido nuestro corazón, cuando debemos tener la fortaleza y el valor para pasar a la acción, buscando la congruencia entre el pensar ilustrado, el decir y el hacer. Justo es enriquecernos espiritualmente, pero mejor es actuar con fortaleza y sin titubeo para llevar a la práctica aquello en lo que creemos. Habremos encontrado la fuerza de la palabra cuando ésta se nutre en la congruencia; habremos encontrado que es el ejemplo lo que arrastra; habremos encontrado que es en la paz como se gana la guerra y que es el desarrollo solidario, con rostro humano, la mejor fórmula para atacar la violencia y el terrorismo.

Esta es nuestra revolución interna, la más difícil, la más valiosa, la que nos señala el camino, la que nos indica lo que debemos y lo que no debemos hacer.

Este es el verdadero sentido de la palabra Solidaridad, el que nos pide conmovernos con los problemas de nuestros semejantes y, con sabiduría, hacerlos nuestros para colaborar a su solución. La solidaridad no busca la violencia, pues ésta provoca más violencia. Busca el desarrollo integral, no sólo el económico, para atacar a fondo los problemas. Se opone al paternalismo, pues éste impide el crecimiento de la persona. La Solidaridad une primero las mentes y las almas para después entrar en acción.

Ahora sí, habiendo hecho nuestra revolución interna, tenemos derecho a buscar el cambio en nuestra familia, en nuestra empresa, en nuestro país y luchar por la paz del mundo. Lo más cerca primero, lo más lejos después. Lo más fácil primero, lo más difícil después. Con un análisis previo y claro del problema a atacar, con una clara definición de los objetivos a alcanzar, con una estrategia concreta para lograrlo y con metas a corto, mediano y largo plazo que nos permitan medir objetivamente los avances. El discurso es importante, pero es hueco si no está acompañado de la acción. Una acción sin reflexión nos puede llevar a un precipicio. La reflexión sin acción carece de sentido. La acción sin programa ocasiona pérdida de tiempo y dispersión de objetivos. Para un barco sin ruta no hay viento favorable.

¡Qué bella y enriquecedora es la acción a favor de los demás! Todos los que la hemos practicado sin esperar nada a cambio lo sabemos. Algunos ofrecen su tiempo, otros sus recursos económicos, los más su talento. Contemplamos con fascinación, dentro del horror, como decenas de miles de voluntarios, conmovidos, deseaban ayudar a las víctimas del trágico suceso del 11 de septiembre el mismo día en que esto sucedió. Ahí está el pasaje que nos relata el Libro de los Libros del buen samaritano que recogió a un herido y lo llevó a la posada y lo atendió con amor. Ahí está un Hombre crucificado derramando su sangre por todos nosotros, un hombre que muchos de nosotros, entre ellos yo, cree que es el Hijo de Dios. Un hombre que, al resucitar, cambió el curso de la historia.

Cierto, cuesta trabajo encontrar la Solidaridad en una cultura como la nuestra, dominada por los intereses económicos y el individualismo; por los intereses particulares antes que por los nacionales; por el corto plazo; por la corrupción. Pero cuando la encontramos, nos asomamos a un mundo maravilloso lleno de héroes anónimos que se entregan a los demás enriqueciéndose al dar y no al recibir; hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres que dan lo mejor de ellos mismos sin esperar nada a cambio; organizaciones ejemplares, cada vez más profesionalizadas, que buscan actuar como la mejor de las empresas pero con la mística de la mejor de las fundaciones; instituciones que velan por los niños de la calle, por los discapacitados, por los campesinos de bajos ingresos, y por los ancianos; que luchan por mejorar la educación y la salud, que acompañan a los enfermos y que visitan a los presos. Instituciones que viven sus valores y los hacen expresos, que miden sus resultados, que buscan con empeño el mayor dividendo social que se deriva de sus aportaciones económicas y de su tiempo personal; *aquellos que, como decía Mahatma Gandhi, se encuentran a sí mismos perdiéndose en el servicio a los demás y encuentran su felicidad a través de compartir y repartir sin otro propósito que el de hacer un mundo más solidario.*

Aquí encuentro, ahora sí, el radiante rostro de la solidaridad. No es una utopía, no es una esperanza, es una realidad. O, visto en otra forma, es la utopía, el sueño, la esperanza, de alguien que tuvo la visión primero y la fortaleza después de hacer de sus sueños una realidad. Alguien que pensó, quizás, que si ya no podía soñar, mejor era morir.

Cuesta trabajo reconocerlo, sin embargo. Es en los países desarrollados, en Europa, en Estados Unidos, en donde se percibe la solidaridad con mayor fuerza, y es en México, con sus enormes necesidades, en donde sólo unos cuantos la practican ¿No es esto una contradicción? Algo tenemos que hacer con carácter de urgente.

Ustedes, miembros de la Fundación del Empresariado Chihuahuense, FECHAC, son un ejemplo de Solidaridad. Ustedes

se conmovieron con el desastre ocurrido en 1990 al pasar una tromba por la ciudad de Chihuahua; se unieron, juntaron sus mentes y sus corazones, trazaron un plan de trabajo concreto y con un liderazgo excepcional, llevaron a la práctica su pensamiento. Conjugaron la acción del empresariado con el apoyo de los poderes legislativo y ejecutivo, logrando el apoyo de toda la sociedad. Han actuado con eficacia y eficiencia, con transparencia; han conquistado la confianza de los donantes y de propios y extraños; son un ejemplo no sólo a nivel local, sino a nivel nacional e incluso internacional. Su compromiso es notable y, estoy seguro, han dado no sólo dinero, sino que se han entregado ustedes mismos a las obras que han apoyado. La mística, su mística, ha acompañado a su acción, alcanzando lo que en un momento determinado parecía imposible. Más de 1000 proyectos apoyados en esta docena de años en los que han actuado.

La Solidaridad, en su caso, pasó de ser una utopía a una esperanza y de una esperanza a una realidad. Tienen ustedes mi respeto y admiración. Estoy seguro de que, todos ustedes, con su acción, no sólo han sumando años a su vida, sino que han inyectado vida a sus años.

Les lanzo un reto. No se queden en Chihuahua, que su ejemplo se multiplique, que permee hacia otros estados de la República Mexicana, que al igual que en su tierra natal, el empresario a lo largo y ancho de toda la República, haga suyos los problemas de su comunidad y aplique todo su talento y capacidad para atender sus necesidades. México está en emergencia desde hace muchos años, una tromba lo atacó y no lo ha dejado en paz, reconozcámoslo. El dinero es importante, pero más aún, ustedes lo saben, es la actitud, el sentir como nuestros los problemas de los demás. ¡Que bello sería el ejemplo de un empresariado mexicano comprometido con los que menos tienen! Sí, la empresa socialmente responsable es parte importante de la solución de los gravísimos problemas sociales de nuestro país. El ejemplo de los empresarios puede contaminar a otra parte de la sociedad y ahora sí, transformar esta sociedad fría e insensible en una sociedad solidaria y participativa. Quisiéramos,

como ustedes, que ya no sean unos cuantos quienes aportan mucho, sino que sean muchísimos los que, con pequeñas participaciones, permitan alcanzar grandes dividendos sociales.

¿Es éste un sueño imposible? No lo creo, todo gran proyecto empieza por un gran sueño, pero cuando éste encuentra su cauce, y lo conduce un verdadero líder, como fue su caso, no hay sueño que no pueda realizarse, pues, como alguien ha dicho, *lo que vivamente imaginamos, ardientemente deseamos, sinceramente creemos, y entusiastamente emprendemos, inevitablemente sucederá.* ¿Recuerdan ustedes aquel día memorable en que Martin Luther King describió, en el Capitolio de Washington su sueño imposible? Sí aquel en el que los negros podrían convivir con los blancos, en donde sus hijos podrían asistir a las mismas escuelas que las de todos los demás, en donde sus hermanos de raza podrían ascender, por su capacidad a los puestos públicos y privados más elevados. Un sueño imposible, por el que pagó con su vida, hecho realidad.

Amigos míos, estoy convencido que el tan esperado cambio en México no vendrá de arriba hacia abajo, de un líder carismático que, iluminado, nos diga lo que todos tenemos que hacer ¡No! El cambio real se dará cuando no veamos más la miseria como parte del paisaje rural; cuando nos avergüence la corrupción; cuando nos disguste que nuestra economía esté entre las 10 más grandes del mundo, pero nuestro país ocupe el lugar 50 al hablar de calidad de vida; cuando nos preocupe que sólo unos cuantos hombres y mujeres ejemplares y unas cuantas empresas con sentido social se ocupen de los demás.; cuando nos sintamos inconformes porque nuestros indígenas, en un alto porcentaje, ni siquiera puedan hablar bien el español; cuando nos indigne la falta de solidaridad hacia las ingentes necesidades de nuestro país.

El cambio real se dará cuando estemos dispuestos a actuar y cumplir cada uno de nosotros con nuestra responsabilidad social; cuando dejemos de ver la Solidaridad como una utopía y la transformemos primero en una esperanza y luego en una realidad. Cuando soñemos

en un México más próspero y más justo, pero seamos nosotros los motores del cambio.

Cuando reconozcamos lo poco que podemos hacer, pero ese poco nunca lo dejemos de hacer. Cuando estemos conscientes de que, si juntamos y organizamos nuestros pocos, podemos lograrlo todo.

Cuando nos demos cuenta de que la fuerza creadora, la fuerza del cambio, emana de una sociedad viva y actuante que exige, pero se compromete y llegado el momento apoya al líder en turno que ocupa el poder y cuya misión es encauzar hacia el bien común esa fuerza sin límite.

Cuando nos demos cuenta que para cambiar todo lo que hay que cambiar primero debemos cambiar nosotros. Y ese cambio es posible llevarlo a cabo aquí y ahora. No tenemos que esperar que otros lo hagan.

Soñemos, soñemos mucho y en grande, como he procurado hacerlo en este momento de privilegio que comparto con ustedes, pues soñando visualizamos a donde queremos llegar; pero pongamos un tren de aterrizaje a nuestros sueños para no quedarnos en simples soñadores como tantos ha habido.

El motor del cambio interno, amigos míos, ese cambio al que aquí me he referido, el revolucionario, el radical, el que busca hasta encontrar y caminar hacia la sabiduría, la verdad, la belleza, la solidaridad, es un tesoro que Dios ocultó en un lugar en donde es difícil descubrirlo: adentro de nuestros corazones. Me iré muy satisfecho de esta bella ciudad de Chihuahua si les he dado a ustedes algunas pistas para encontrarlo.

Muchas gracias

